

14 julio 1880

Famada razón

PRIMERA CARTA PASTORAL

DIRIGIDA AL

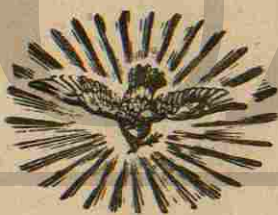
VENERABLE CLERO Y DIOCESANOS

del Vicariato Apostólico de la
Baja California, por el

ILLMO. Y RMO. SR. D. FR. BUENAVENTURA

del Sagrado Corazon de Maria,

*Obispo de Tricalia y Vicario Apostólico de
aquella Peninsula mexicana.*



BX874

.P6

P7

1880

C.1

GUADALAJARA.

—
IMPRESA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

1880.

846

147

BX874

.P6

P7

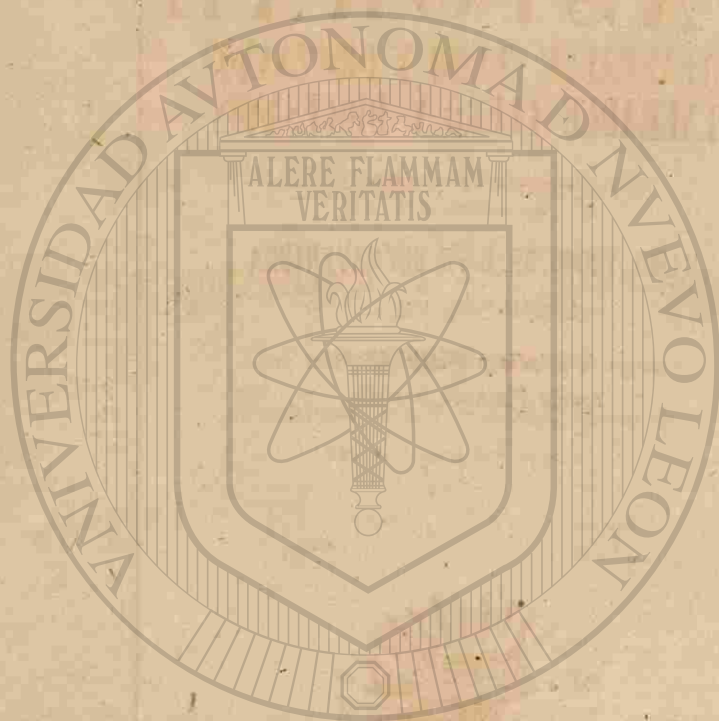
1880

C.1

003846



1080026963



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA CARTA PASTORAL

DIRIGIDA AL

VENERABLE CLERO Y DIOCESANOS

DEL

VICARIATO APOSTOLICO DE LA BAJA CALIFORNIA

POR EL

ILLMO. Y RMO. SR. D. FR. BUENAVENTURA

DEL SAGRADO CORAZON DE MARIA,

*Obispo de Tricalia y Vicario Apostólico de
aquella Península mexicana.*

*Hostallos y
Rejedor*



GUADALAJARA.
ANTIGUA IMPRENTA DE DIONISIO RODRIGUEZ.
1880.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41048



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS D. FRAY BUENAVENTURA DEL SAGRADO
Corazon de María Portillo y Tejeda, por la
misericordia de Dios y gracia de la Santa
Sede Apostólica, Obispo de Tricalia I. P. I. y
Vicario Apostólico de la Baja California.

*A nuestro Venerable Clero y á todos los fieles de
la Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Je-
sucristo.*

Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu
qui factus est nobis sapientia, á Deo, et
justitia, et sanctificatis, et redemptio.,

I. ad Corinth. cap. I. 30.

Por esta conducta de Dios subsistís voso-
tros en Jesucristo, el cual nos ha sido dado á
todos, para ser nuestra sabiduría, nuestra
justicia, nuestra santificación y nuestra re-
dención. [Traducción de Vence.]

EL Verbo Divino Encarnado, luz verdadera, que como se
expresa el Evangelista San Juan, ilumina á todo hombre, y
que habiendo venido á este mundo que fué hecho por El, el
mundo no lo conoció y ni los suyos lo recibieron; pero que
á cuantos lo recibieron, les dió poder de ser hechos hijos de
Dios, habiendo cumplido su misión en la tierra volvió á su
Padre; mas no sin haber quedado personificado en sus Após-
tles primeramente y despues en cuantos se ha escogido pa-
ra perpetuar nuestra redención hasta el fin de los siglos; y
con muy admirables y diversos modos ha propagado su pa-
labra y sus enseñanzas divinas por todos los pueblos; ha
inculcado las verdades de su doctrina sagrada é infalible á

003346

todos los hombres que forman su pueblo y cuyas verdades inspiró en sus discípulos, que con su Majestad conversaron en el mundo, para así trasmitirlas hasta nosotros y con la confirmación de innumerables y estupendos portentos; háse conquistado y atraído para sí todas las cosas, según su oráculo divino, pronunciado solemnemente y á la faz del universo, (1) como con palpable evidencia lo han visto los diez y nueve siglos que nos han precedido y nosotros lo estamos presenciando con inefable sorpresa y admiración. Mas abstraídos de esa ejecución complexiva, en que la virtud omnipotente de su misericordia se ha ostentado en todos los tiempos y lugares; fijémonos únicamente en la realización de sus eternos consejos en este nuevo mundo, y cuando allá en el siglo XVI hizo brillar la luz de su doctrina sobre nuestro inculto suelo, disipando así las densas tinieblas de la idolatría, que por tantos siglos lo habían envuelto, y sacándolo de las funestas sombras de la muerte, determinó devolver á sus habitantes á la luz de la vida y hacerlos marchar gozosos por los rectos senderos de la paz.

¡Ah, sí! recordemos con toda la efusión de nuestro amor y reconocimiento, mis carísimos hijos en el Señor, ese hecho de la mayor importancia y cuya ejecución se extendió hasta vuestra Península entre admiración y sorpresa de todo punto inexplicables. Vosotros no ignorais la historia patria: sabéis muy bien todos los episodios de la conquista, ante los cuales vuestro corazón se ha sobresaltado mil veces; os han asombrado los rápidos progresos de las armas conquistadoras hasta ver consumada su obra; pero siempre que á la luz de la sana crítica, y sin dejaros preocupar del sentimiento patrio, habeis investigado el designio supremo de Dios con sus efectos tan constantes de una verdadera ilustración cristiana: os ha consolado lo mismo que á Nos, la manifiesta intervención de su diestra para llamarnos á ser hijos suyos y miembros de la Iglesia de Jesucristo. Y siendo inconcusa la intervención divina; así por las influencias de la Madre del Dios Hombre, que con su maravillosa apa-

(1) Joann cap. XII 32.

rición vino á suavizar y endulzar nuestras penas é infortunios, como por las de los insignes varones apostólicos, que sin otra mira que la de la salvación de las almas; sin otro objeto, que predicar á Jesucristo crucificado, y sin otro fin, que llevar á cabo la sublime misión que les confiara el cielo, habeis visto confirmada esta verdad en el suceso peculiar que en aquel entonces iniciara la vocación á la fé de Cristo de vuestra Península, y cuando el 3 de Mayo de 1535, al pisar su suelo el célebre capitán Hernán Cortés, dejóse ver igualmente en él un apóstol de extraordinario celo y caridad, un religioso de espíritu todo seráfico, cual digno hijo del humano Serafín de Asís, Fr. Martín de la Coruña.

Data pues de aquí vuestra verdadera dicha; y como fidelísimos hijos de Jesucristo os habeis mantenido siempre dóciles á las luces invariables de su fé y siempre observantes de su ley santísima á que está vinculada nuestra felicidad eterna, y que os fué anunciada primeramente por aquel venerable religioso y después por tantos otros esclarecidos misioneros, cuyos afanes, sudores y virtudes tan ejemplares están allí vivientes en vuestros templos, en vuestras tradicionales costumbres y en vuestros afectos de amor, de respeto y veneración, que justamente reconocidos tributais á su memoria.

Pero ¿qué mejores pruebas, ni qué testimonios mas convincentes de esta verdad podrían desearse, que lo que en nuestros días ha obrado la soberana y providente mano del Señor para perpetuar entre vosotros sus misericordias? Observémoslo, mis carísimos hijos en Jesucristo. ¡Huérfanos y privados del celoso Pastor que se os había destinado; ¡sumidos en la mayor consternación por causa de los sufrimientos, oposiciones, amarguras y riesgos tan inminentes en que se viera tan amante y esclarecido Prelado, y muchos de vosotros, combatidos quizá del temor y cruel incertidumbre de que el Arbitro Supremo, en su justa indignación, os privara para siempre ó por muy largo tiempo del Maestro, del Caudillo y del Pastor, que os enseñase, condujese y alimentase con los pastos saludables de la verdad! elevasteis vuestro clamor á los cielos, levantasteis vuestras manos suplicantes

al trono de las misericordias: implorasteis por la intercesion de María vuestra Madre, vuestra insigne Protectora y Reina de la paz, el remedio de vuestras necesidades tan apremiantes, el alivio de vuestras penas tan intensas, y con gemidos innenarrables pedisteis al Supremo Dador de todo bien, en el idioma mismo de la Iglesia, que os diese un Pastor erudito, sensato y prudente segun su corazon.

¡Oh! sí; y el Señor escuchó benigno vuestras súplicas, con-dolióse de vuestras angustias y sin querer resistirse á los ruegos de vuestra Madre y Poderosa Protectora, inspiró en su Vicario el Señor Leon XIII su designio, determinó su voluntad, y el Gerarca Supremo de la Iglesia, secundando en la tierra la disposicion del cielo, desde el encumbrado puesto de su solio pontificio dió una mirada escrutadora, benigna y complaciente sobre vosotros, que formais una porcion querida de su inmensa grey. Y cuando muy bien podia escogerse para Pastor de vuestras almas alguno de tantos, tan dignos y tan eminentes sacerdotes como abundan en el venerable clero de nuestra patria y de esta Arquidiócesis Jalisciense, que tantas glorias ha dado á la Iglesia mexicana, con haber salido de su seno tantos obispos, tan sábios y esclarecidos, se dignó Su Santidad fijar sus ojos en el mas vil y despreciable de los hijos exclaustrados del Patriarca Seráfico de Asís, en el mas insignificante de los miembros que hoy componen la reducida familia de Misioneros de *Propaganda Fide* del Apostólico Colegio de Zapopan: en el pobre religioso, que hoy tiene el alto honor de saludos en nombre de Jesucristo y de dirigiros esta su primera carta pastoral.

Así fué, mis muy amados hijos en el Señor. Era el 1.º de Abril del presente año: y cuando por asuntos de la Comisaría General de mi Seráfica Orden, que se me tenia confiada, estaba en Guadalajara, en ese mismo dia y por el correo del interior recibí una carta autorizada, como escrita por el Illmo. Sr. Dr. D. José María de Jesus Diez de Sollano, Obispo de Leon, quien con su bondad y generosidad características se apresuró á noticiarme mi preconizacion. Y el 26 del mismo Abril, el Illmo. Sr. D. Pedro Loza, dignísi-

mo Arzobispo de esta Arquidiócesis, con igual bondad y congratulacion, dignóse poner en mis manos los Breves Apostólicos de mi nombramiento, y que fueron expedidos por Su Santidad Leon XIII, el 9 de Marzo. Así es que vino á ser ya indudable el hecho de mi preconizacion para el Obispado de Tricalia in part. infidel y con destino al Vicariato Apostólico de la Baja California, segun el tenor de los mismos Breves.

¡Cuáles hayan sido las angustias de nuestro corazon ante el formidable peso de la carga episcopal! ¡Cuál y cuánta nuestra sorpresa ante la angusta y sagrada dignidad, con que el Vicario de Jesucristo Nuestro Señor habia honrado nuestra pequeñez! Dios lo sabe; y vosotros mejor las podeis comprender, que el que Nos acertemos á explicárolas. Mas no omitiré deciros: que despues de habernos dirigido al Supremo Consolador con nuestras repetidas plegarias, y dejando á nuestro atribulado corazon que hablase á su Dios y Señor; permitimos á nuestro acongojado espíritu en distintas ocasiones usar, en parte y en un sentido acomodaticio, de las mismas frases, que la mas pura y la mas humilde de las vírgenes, la Inmaculada María, empleara en su turbacion y en los momentos en que el Angel del Señor anunciábale el augusto misterio de la Encarnacion del Verbo Divino en sus virginales entrañas. “*Quomodo fiet istud, quoniam vires non cognosco?*” ¡Ah! sí, mis carísimos hijos, en varias veces esclamaba á mis solas, y cerciorado de nuestra ineptitud: ¡Cómo sucederá esto, cuando me veo tan miserable, tan débil, tan ignorante y tan sin fuerzas para el desempeño de una mision tan eminente y de un cargo que haria estremecer á los mismos ángeles? Cierto es que el Angel tranquilizó á María, revelándole y expresándole la manera sobrenatural con que en su purísimo seno se verificaria el Gran Misterio: “El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y cubrirte ha la virtud del Altísimo,” (1) le dijo. Y ¡oh dichosa y feliz coincidencia! Otro enviado del Señor, el dignísimo representante de nuestro Seráfico Pa-

(1) S. Lucas I. 35.

triarca San Francisco, su actual Vicario en la tierra como Ministro General de la Orden de los Menores, Fr. Bernardino de Portogruaro, vino tambien á socegar nuestra turbacion. Amantísimo Padre nuestro, y cual si á sus ojos estuviera patente nuestro corazon, nos dirige sus paternales y amabilísimas letras, con fecha 15 de Marzo, y nos dice entre otras cosas: "Ciertamente tengo ocasion de alegrarme por el honor que en V. P. viene hecho á la Orden, y por la recompensa que se concede á sus méritos (hablando humanamente); mas grandemente me puede el que Nos debamos vernos privados de su prudente y grata cooperacion en esa República de México.—No obstante, que se haga la voluntad santísima de Dios: y puesto que la Santa Sede ha juzgado y resuelto promover á V. Paternidad á la dignidad y oficio episcopal, yo pido con todo mi corazon á Nuestro Señor Jesucristo que, con la uncion episcopal, derrame sobre V. P. la abundancia de todas sus gracias; y en nombre de N. P. S. Francisco, le impongo el mérito de la Santa Obediencia y le doy la seráfica bendicion."

Mas clara y terminante no podia ser para Nos la intimacion divina. En el instante, y de una manera inefable, las sombras terribles de la duda y del temor disipáronse de nuestra mente; las penas y ansiedades, que tan dura y cruelmente nos habian afligido huyeron de nuestro corazon. Respiramos entónces el aire suave y consolador de la paz y de la santa resignacion que la obediencia nos brindara, y movidos como de un instinto superior proferimos tambien: *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

Los dias trascurrieron; y Nos, por el favor divino, seguimos inalterables en nuestra obediencia. Llegó el dia de nuestra consagracion, el dia tan solemne y tan glorioso para el Catolicismo, como dedicado á la Festividad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo: compartimos con nuestro carísimo hermano y Coepiscopo el Illmo. Sr. Dr. D. Eduardo Sánchez, dignísimo Obispo de Tamaulipas, los afectos y sentimientos indefinibles, que naturalmente se excitaran en nosotros con las augustas y sublimes ceremonias de la sagrada uncion, de la tradicion de nuestra apostólica au-

toridad sobre nuestra respectiva grey, y de las protestas juramentadas de fidelidad, amor y constancia para aceptar, cumplir y guardar el sagrado depósito que se nos confiaba, hasta la muerte y hasta con el sacrificio de nuestra propia sangre, si tan necesario y glorioso debiese ser el término de nuestro Apostolado.

Pasaron así las cosas: las credenciales de nuestra mision merecieron el sello de las prescripciones canónicas sobre que estriba su legitimidad, y que en todos los siglos ha sido reconocida y venerada con aplauso universal: aceptando así los pueblos católicos á sus Pastores y estos acogíéndolos como á sus ovejas predilectas, encomendadas á su zelo y vigilancia por el Soberano Pastor Jesucristo. Y bien, hijos muy amados en el Señor; en esta mutua como recíproca inteligencia; cómo vuestro Pastor, aunque indigno, no debía apresurarse á saludaros, no obstante la distancia que nos separa, en nombre de Aquel Dios Humanado, que hoy le dice lo mismo que á sus Apóstoles, cuando para consolarlos y prevenirlos contra las persecuciones y adversidades de su mision les dijo: "No me elegisteis vosotros á mí: mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que vayais, y llevéis fruto; y que este vuestro fruto permanezca, á fin de que os dé el Padre cualquiera cosa que le pidieris en mi nombre?" (1)

¡Ah, sí, carísimos hijos nuestros! os estrechamos desde aquí en el corazon sacratísimo de Jesus, y en la dulce esperanza de que no tardará el dia de nuestro pleno gozo y consolacion mirándonos enmedio de vosotros; para abriros mas de cerca nuestros brazos y daros las mas patentes muestras de nuestro amor y solicitud paternal; bien persuadidos de que no han sido nuestros méritos, sino la misericordia del Señor, su gracia y su bondad las que nos han prevenido para que de malos seamos buenos: para que conozcamos que si nos ha escogido entre millares de sacerdotes para elevarnos á un apostolado mas sublime, ha sido para enseñarnos el

(1) S. Juan, cap. XV, 16.

camino de la verdad, y para que así instruidos lo enseñemos á los demás, predicándoles su Evangelio con la palabra y el ejemplo y para que el fruto de nuestras fatigas sea permanente. Mas en el entretanto, y para dar principio al cumplimiento de nuestros mas importantes deberes: Os exhortamos con el Apóstol San Pablo á que no perdais de vista vuestra vocacion; sino que como fieles hijos de Jesucristo, y apreciando este don tan insigne, procureis con toda solicitud tenerlo siempre presente como vuestro modelo el mas perfecto, para ajustar vuestra conducta á sus ejemplos, para guiaros por las sapientísimas lecciones de su doctrina, para haceros dignos de sus gracias y promesas y para obtener así vuestra santificación y salvacion. "En efecto, hermanos míos, dice el Apóstol, considerad quienes son entre vosotros los que han sido llamados á la fé: y vereis que no hay muchos sabios segun la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles: sino que, al contrario, Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios, y ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y ha escogido á los mas viles y despreciables segun el mundo, y á los que eran nada, para destruir lo que es mas grande en el mundo: á fin de que ningun hombre se glorie ante El, ni atribuya su vocacion á su grandeza y á sus méritos. Por esta conducta de Dios subsistís vosotros en Jesucristo, el cual nos ha sido dado á todos, para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y salvacion." [1]

Sí, amados hijos nuestros, bien lo sabeis; Jesucristo, que no es otro que la Sabiduría Eterna de Dios y la misma, que para hacerse mas accesible á nuestra rudeza é ignorancia, se dignó vestirse de nuestra humanidad: en esta forma y mientras conversó con los hombres en este mundo, sus divinos labios estuvieron siempre abiertos para anunciar y enseñar á todas las gentes las eternas verdades, que mas tarde nos dejó consignadas en los libros evangélicos. Estando para volver á los cielos, y terminada que fué su mision en la tierra,

[1] Ep. I. ad Corinth. cap. 1. 26. et seq. traduc de Vencé.

prometió á sus discípulos que rogaria á su Padre para que les enviara otro Consolador, quien les enseñaria todas las cosas que deberian saber. (1) Cumplió su promesa, y de la manera mas solemne y maravillosa: trocáronse los pobres y rudos pescadores, destinados á evangelizar al mundo, en otros tantos sabios y cultos hombres, que colmados de las luces y dones del Espíritu Santo, dispersáronse por todas las partes de la tierra, y diseminaron con extraordinaria rapidez la ciencia verdadera de la Cruz; pero una ciencia toda divina, que salida de un solo manantial, de un solo foco y centro infalible, ha sido y será siempre tan invariable y fecunda, cual fué prometida á los Apóstoles y sus sucesores por el Divino Maestro y Redentor Jesus, quien les aseguró estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. ¡Oh! y con cuánta fidelidad, con qué asombro y consuelo indefinibles estamos mirando y palpando la ejecucion portentosa de su palabra! Por su misericordia infinita instituyó para todos los tiempos y para todos los hijos de su Iglesia un Sacerdocio Supremo, que conservara incólume la fé y explicara infaliblemente la verdad; que con certeza absoluta de no errar enseñara á todas las gentes la ciencia de la santidad, y con oportunos auxilios y suma virtud condujera á cada uno de nosotros por las vías de la salvacion. Porque sin tal Sacerdocio y sin su magisterio, para estar infaliblemente ciertos los hombres de creer y de obrar todo aquello que se requiere para agradar á Dios y salvarse, no bastaría tener noble ingenio, ser muy doctos en las ciencias filosóficas y aun saber todas las santas escrituras y tradiciones divinas: pues que el hombre de por sí está siempre en peligro, por mil causas, de errar con daño suyo. Mas, con aquel órgano visible de la Divinidad, que es infalible por la asistencia de la Infalibilidad Eterna, no hay lugar á errores, á dudas ni temores. Y para tener la feliz suerte de hallarse con seguridad en la verdad de todas las cosas que conciernen á la salvacion del alma, no hay necesidad de estar dotado de gran talento, ni de ser un consumado literato;

(1) Joanr. XIV. 16.

basta aquello que pueden hacer los idiotas é ignorantes, esto es: prestar dócil oído y ser obedientes al Vicario de Cristo y á los demas Pastores, que unidos con él y bajo su direccion, son los legítimos depositarios de la fé y maestros de la ley. Sí; porque en este magisterio guiado y asistido del Espíritu Santo existe aquella fuerza contra la cual las puertas del infierno no han podido jamás prevalecer ni nunca prevalecerán. Y hé aquí, mis carísimos hijos en Dios Nuestro Señor, cual es toda la ciencia y cual la seguridad indefectible de que vuestra sabiduría sea la de Jesucristo, y este crucificado, como la única de que tanto se gloraba poseer el Apostol y á la cual solamente debemos todos aspirar. Sí; porque con ella y nuestra cooperacion práctica, que consiste en el ejercicio constante de las virtudes de que nos dió ejemplo el mismo Jesucristo: será El tambien nuestra justificacion y salvacion.

No lo dudeis, mis muy amados hijos. El mismo Apóstol San Pablo nos lo enseña así, cuando para persuadir á los fieles de Galacia de que su salvacion no dependia de la observancia de la ley mosaica, sino de la gracia y justicia, que como una preciosa herencia estaba prometida á las naciones que creyeran en Jesucristo; *ut promissio ex fide Jesuchristi daretur credentibus*; (1) concluia por decirles: que Jesucristo era el principio y la causa de su justificacion. Doctrina que á Nos toca inculcaros en esta vez y para nuestro intento. Sí; porque de solo Jesucristo debeis esperar la vida de la gracia y no de las prácticas puramente exteriores de devocion. Porque ¿qué cosa es la justicia cristiana? ¿cuáles sus ventajas que nos produce? y ¿cuál es el principio y origen de estas ventajas? El mismo Apóstol en su epístola á los de Efeso nos resuelve estas cuestiones tan interesantes: Ahí nos dá la idea mas completa del hombre que trata de su justificacion sin perder de vista á Jesucristo. Un justo, segun nos le pinta el Apóstol, es una criatura colmada de bendiciones espirituales para el cielo; una criatura que posee riquezas inmensas, cuya menor parte es superior á todos los bienes tempora-

[1] Epist. á los Galatas.—cap III, 14.

les; una criatura revestida de esa preciosa vestidura de la caridad que vale infinitamente mas que la púrpura y que el trono. Un justo es un santo en la presencia de Dios, de manera que si muriese en el estado de justicia seria feliz y bienaventurado por toda una eternidad, y en el cielo tendria parte con los santos en el honor que les tributamos sobre la tierra; un justo es el templo del Espíritu Santo, el coheredero de Jesucristo, la piedra viva del edificio espiritual, cuya piedra angular es el Salvador; un justo está unido en sociedad con los ángeles, tiene derecho á la misma felicidad eterna que ellos, es ya ciudadano del cielo por sus esperanzas, y en una palabra, el justo es un milagro viviente de la Omnipotencia divina y de la fuerza propia animada y robustecida en la virtud de Jesucristo. Así es que reasumiendo esta doctrina emanada de los mismos conceptos del Apóstol, os exhortaré con él, diciendolos: El Dios de la gloria alumbró los ojos de vuestro corazon, á fin de que conozcais cuál es la grandeza de su poder sobre nosotros que creemos que la misma virtud omnipotente de Dios que resucitó á Jesucristo es la que nos mueve á creer y á esperar ser renovados y revestidos del hombre nuevo, que segun el mismo Apóstol, es criado en Dios en una justicia y santidad verdaderas.

Veamos ahora, cuáles son las ventajas que nos produce la justicia. Son, amadísimos hijos nuestros, los preciosísimos frutos del Espíritu Santo: la caridad, que el Apóstol pone á la cabeza de todos, es por la cual el justo, que vive de la gracia, ama á Dios con todo su corazon y á todas las cosas en Dios; de suerte que se aflige cuando los pecadores le ofenden y se alegra siempre que ve que se le sirve y glorifica. A la caridad está unido el gozo del espíritu; porque el justo vive aplicado al estudio de la ley de Dios y se goza en la contemplacion de las cosas celestiales, alimentándose de la verdad mas pura; de donde David exclama, y exhorta á los justos, diciéndoles: “Alegraos en el Señor vosotros; publicad su gloria con cánticos de alegría, los que sois de corazon recto; justos, alabad gozosos al Señor, que á los que tienen un corazon puro es á quienes toca tributarle

alabanza." (1) Es tambien un precioso fruto la paz del corazon. Porque en efecto, ¿qué es lo que turbaria el alma del hombre justo? ¿Acaso la tribulacion, la angustia? El hambre ó la desnudez? los peligros, la persecucion, el cuchillo ó los tormentos á que se viera expuesto como el Apóstol? Nada de eso; porque con el mismo San Pablo, dirá: "En medio de todos estos males permanecemos victoriosos é inmoviles por el auxilio de Aquel que nos amó." (2) Inherentes á estos principales frutos son: la paciencia con que el justo sabe siempre sobreponerse á las mayores adversidades de la vida, como lo hacia el Santo y pacientísimo Job; la benignidad para hacer bien á todos, aun á sus perseguidores; la bondad, con la que se le ve soportar los defectos ajenos sin quejarse ni murmurar; la mansedumbre con que siempre trata de imitar á su Divino Maestro Jesus, no menos que en su modestia y humildad; y en fin, la continencia y castidad, con cuyas virtudes vive constantemente prevenido para huir de los peligros, y de todo cuanto pueda empañar su precioso brillo. Todavía mas, carísimos hijos en el Señor; hay otra señal que nos dará muy bien á conocer si pertenecemos á Jesucristo, y es la mortificacion. Porque dice el Apóstol: "Los que son de Jesucristo crucifican su carne con sus vicios y sus concupiscencias." [3] como si dijera: llevan con resignacion las cruces y trabajos de su respectivo estado; añaden á sus padecimientos ordinarios algunas otras mortificaciones voluntarias á fin de refrenar las rebeldías de la carne; crucifican los deseos desordenados de los honores y riquezas, estimándolas como estiercol y basura siempre que les estorban para lograr á Cristo. Y ¿por qué? Porque están animados de esta Divina Cabeza; porque Jesucristo es el origen y principio de todos los preciosísimos frutos y ventajas de su justificacion y santificacion; y en fin, porque El es nuestra redencion, como brevemente os lo recordaremos.

(1) Salm. 31.

[2] San Pablo á los Rom. cap. VIII, 35.

[3] San Pablo á los Galatas, cap. V. 25.

Estábamos cubiertos de la vergonzosa lepra del pecado, arrojados de la sociedad de los Santos y privados de la herencia del cielo; pero Jesucristo nos redimió con el precio infinito de su sangre; nos purificó y restableció en nuestros antiguos derechos; estábamos muertos á la gracia, condenados á una muerte eterna, y El se puso en el lugar de los culpables: murió para darnos la vida de la gracia y de la gloria. De manera que Jesucristo nos ha libertado y rescatado con sus dolores, con su sangre y con su muerte, y no por una sola vez, sino por tantas, como pecados mortales hubiéremos cometido, y con la sola condicion de reconocer y confesar debidamente nuestras culpas, con dolor y arrepentimiento verdaderos. Y ¿qué corazon podrá ser insensible á tantos beneficios? ¿Qué cosa ni de los cielos ni de la tierra podrá separarnos de la caridad de Cristo? ¡Ah! mis muy amados hijos: en ese Divino y Amantísimo Redentor y Salvador está todo nuestro bien, nuestra felicidad y bienaventuranza eternas; y de El hemos recibido y recibiremos tantas y tan inefables gracias, que deberíamos estar siempre animados de aquel espíritu inflamado de caridad, con que S. Policarpo contestó al Proconsul de Roma en los momentos en que este tirano exigiale que profiriese injurias contra Jesucristo, si queria librarse de los tormentos. "¿Cómo he de hacer eso, exclamaba, cuando hace 86 años que le estoy sirviendo y jamás me ha hecho mal alguno? ¿cómo he de proferir blasfemias contra mi Rey que me ha socorrido? Así pues nosotros anhelemos siempre por amar á Jesucristo con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro corazon, hasta poder decirle con el Apóstol: "Estoy cierto de que ni las amenazas de la muerte ni las esperanzas de la vida, ni el deseo de los honores, ni el temor de las humillaciones, ni las violencias de la enfermedad, ni la fuerza de las tentaciones, ni criatura alguna sería capaz de separarme de Vos." Bienaventurados de nosotros si correspondiendo fielmente á las divinas excitaciones de la gracia, con este auxilio vivimos de tal manera, que abrasados en las llamas de la caridad de Cristo, logramos gozar en el cielo los frutos eternos de la redencion.

Mas ¿qué diremos en particular á vosotros, mis muy amados y venerables Párrocos y Sacerdotes, destinados juntamente con Nos á cuidar de ese rebaño que nos ha confiado Jesucristo?

Que os saludamos con toda la atencion, á que por vuestro sagrado carácter y ministerio tan sublime sois muy acreedores, que os admiramos, con una santa complacencia, en la abnegacion, caridad y celo verdaderamente apostólicos, con que os mostrais tan grandes, tan dignos y tan amables á los ojos de Dios y de los hombres! multiplicandoos en vuestros afanes y tareas por honor de Jesucristo y por la salvacion de las almas, sin arredraros por la pobreza, por los trabajos y sacrificios anexos á vuestro ministerio, y para decirlo de una vez, que vuestra constancia tan heroica nos convida y solicita á ir á tomar parte en vuestros trabajos y desvelos, y á ponernos al frente de vosotros, como á nuestra dignidad incumbe para llenar, con vuestra santa cooperacion, los sapientísimos y providenciales designios del Señor en esa region; en donde, como en todo el mundo, hay almas á quienes evangelizar, á quienes ministrar las aguas saludables de los Santos Sacramentos, fuentes perennes de gracia, de bendicion y de vida, y á quienes aprontar los socorros de nuestra mision para libertarlas de la servidumbre funesta del pecado y de los tormentos eternos del infierno.

¡Inefable es nuestra vocacion, Venerables Ministros del Señor! ¡Eminente, hasta hacerse incomprensible, es nuestra dignidad! ¡y los poderes de nuestra autoridad Sacerdotal superan en mucho á los de los mismos ángeles! Lo sabeis muy bien, amados Hermanos Nuestros y nuestros Auxiliares en la viña peculiar que se nos ha encomendado. Así es que no será por demás recordaros cuanto debe ser el ardor de vuestro celo para excitar á los fieles á cumplir con diligencia y piedad convenientes los deberes de su profesion cristiana y las obligaciones de su respectivo estado. Vuestra pronta y constante administracion, así de la divina palabra como de los Santos Sacramentos, derramará sobre ellos la gracia de Dios en todas sus formas, instruyéndolos con caridad y paciencia, principalmente á los niños é igno-

rantes, en los misterios de la fé católica y en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, cosechareis en abundancia frutos copiosos de verdadera y santa ilustracion. Trabajad por atraer al camino de la salvacion á los que de él se han apartado; emplead vuestro celo en destruir los odios, enemistades y escándalos; confortad á los débiles, visitad á los enfermos, socorred á los necesitados, principalmente con los socorros espirituales: consolad á los pobres y afligidos; y á todos exhortadlos, en la sana doctrina, á que den al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; enseñándoles que están obligados, no solo por temor del castigo, sino tambien por un deber de conciencia, á vivir sometidos y obedientes á las autoridades civiles, en cuanto no se oponga á las leyes de Dios y de la Iglesia. Y tanto mas provechosas y eficaces serán vuestras enseñanzas y exhortaciones, cuanto mas procureis observar lo que, á este propósito, S. Pablo recomendaba á Tito su discípulo. "En todas las cosas, le decía, muéstrate dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de costumbres, en la gravedad de tu conducta, en la predicacion de doctrina sana é irreprochable; para que quien es contrario se confunda, no teniendo mal ninguno que decir de nosotros. Exhorta á los que sirven á que sean obedientes á sus señores, dándoles gusto en cuanto puedan, no respondiéndoles acremente, no defraudándoles en nada sino mostrándoles en todas las cosas una perfecta lealtad; para que su conducta haga respetar en todo el mundo la doctrina de Dios Salvador nuestro. Porque la gracia de Dios nuestro Salvador ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sobrios, justos y religiosamente en este siglo; aguardando la bienaventuranza esperada y la venida gloriosa del Gran Dios y Salvador Nuestro Jesucristo; el cual se dió á sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos, y hacer de nosotros un pueblo, particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar. "Esto es lo que has de enseñar y exhortar; y reprende con

„plena autoridad. Pórtate de manera que nadie te despre-
“cie.” (1)

Tales son, venerables Sacerdotes y demás carísimos hijos nuestros en el Señor, nuestras breves y paternales exhortaciones, que por la primera vez os dirigimos en nombre de Jesucristo. Somos, aunque muy indignos, vuestro Pastor; y vosotros no desconoceréis nuestra voz. Escuchadla y atendedla; porque no es otra, que la de Aquel Divino y Amorisísimo Pastor, que siempre solícito de vuestra salud temporal y eterna, ahora os dice: que lejos de echaros en olvido, corre hácia vosotros con todo el ahinco de su celo y de su amor, para daros en su representante, quien cuide de vuestro bien y os separe de todo mal.

¡Ardna y difícil es nuestra misión, carísimos hijos nuestros! Mas ¡ah! que en gran manera nos alientan los presentimientos de nuestro corazón acerca de la prontitud y docilidad, con que vosotros, secundando nuestros buenos y paternales propósitos, correspondereis á las miras amabilísimas de nuestro buen Dios y Señor. Ni podían ser de otra manera: cuando os cobija la protección amorosísima de la Inmaculada Madre de Jesucristo, de la Insigne y Piadosísima Madre de nosotros los Mexicanos, y de la misma que, con muy singular predilección y señalada ternura, se dignó escoger esa Península, para ser en ella reconocida, venerada é invocada bajo el título glorioso de la Virgen de la Paz. ¡Título, en verdad, que reúne tantos consuelos é infunde tanta confianza!

Que Nos, acogiéndonos á las misericordias de tan dulce, Madre, y poniéndonos al abrigo de su soberana protección, os exhortamos á que con vuestras fervientes súplicas y ruegos, la inclineis á favorecernos en el cumplimiento de los muy difíciles y tremendos deberes de nuestro cargo pastoral.

Y seguros como lo estamos, de que lo hareis así no pondremos término á esta nuestra Carta, sin expresaros que hemos contraído una inmensa deuda de reconocimiento con

(1) Epist. de S. Pablo á Tito. cap. II.

el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza y con su muy Ilustre y Venerable Cabildo, así por sus dignaciones tan explícitas en felicitarnos y congratularse por nuestra promoción, como por sus generosas ofertas y erogaciones, cuantiosas en verdad, con que del momento y con una puntualidad toda complaciente, se encargaron de impartir á nuestra pobreza franciscana, cuanto podría necesitarse en paramentos episcopales y demás urgencias de ritualidad eclesiástica; ofreciéndonos además, con las mas finas atenciones, que no merecemos, su Santa Iglesia Catedral y cuanto fuese indispensable y honorífico á nuestra consagración.

Bien; y estas muestras tan señaladas de generosidad y benevolencia empleadas así con vuestro Obispo y en él, con vosotros, mis amados diocesanos: ¿quién no ve á cuántos y cuán profundos sentimientos de gratitud nos obligan? ¡Oh! sí; y por esto es, que cumplimos aquí con un deber que nos es comun: dándole la solemnidad que nos es posible; y consignando en esta nuestra Pastoral nuestro voto de gracias el más cumplido á nuestros Insignes Bienhechores por su largueza tan noble y tan ejemplar. Y todavía más, carísimos hijos nuestros; la misma estrecha obligación nos liga con el Illmo. Sr. Dr. D. José María de Jesus Diez de Sollano, dignísimo Obispo de Leon, quien con igual bondad y generosa prontitud, al honrarnos con sus respetables letras de felicitación, nos ofreció su persona, su Catedral y cuantos gastos se necesitaran para nuestra consagración en aquella su Diócesis. Nos es igualmente grato el honor de manifestar aquí á tan noble y dignísimo Prelado todo nuestro reconocimiento.

Y en consecuencia de nuestra plena gratitud y de nuestra estimación debida á nuestros favorecedores: tenemos que pedir á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Virgen María, que derramen sobre Ellos y sobre sus respectivas Diócesis la abundancia de bienes, de consuelos y bendiciones, á que tan acreedores son, y en recompensa de cuanto han hecho en nuestro favor.

Finalmente, mandamos que los señores Parrócos lean esta

nuestra Carta, *inter Missarum solemnias*, en el primer Domingo ó día festivo que siga al día de su recepción.

Y vosotros, Venerables Párrocos y Sacerdotes, con todos nuestros muy amados diocesanos é hijos en Jesucristo, recibid en testimonio de nuestro entrañable afecto, y como la prenda mas estimable de nuestro amor paternal, la bendición que os damos de todo nuestro corazón.

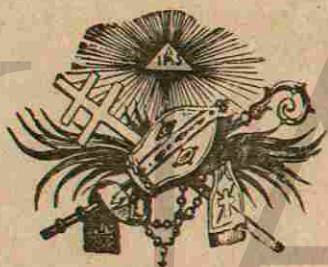
Dada en Zapopan, el día dedicado al Seráfico Doctor S. Buenaventura, 14 de Julio de 1880.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



003